

EN ÓRBITAS EXTRAÑAS 22:  
**EN MISIÓN DIVINA**

Ramón Somoza



La pequeña Tanit ha evitado el genocidio de los Urgh y los Laarneis, los nativos del planeta que su padre descubrió y bautizó como Thuis, el Hogar. Sin embargo, el planeta no está a salvo de los Destruyores, los asesinos de civilizaciones que se autodenominan los Bai R'the.

No obstante, unos seres tan poderosos que se pueden calificar como dioses han convocado a la niña y a su familia extraterrestre. Quizás ellos puedan salvar el planeta donde ahora viven su madre y sus abuelos, y ella ahora considera su hogar. El precio a pagar es no obstante muy alto: Tendrán que cumplir con un misterioso encargo para unos seres que no pueden intervenir directamente en nuestro universo. Así, Tanit y sus amigos deberán realizar una misión para los dioses, que al final los llevará hasta el agujero negro más monstruoso de nuestra galaxia.

Van a realizar una misión divina.

## En órbitas extrañas 22: En misión divina

—Los dioses no son como imagináis —explico—. No recompensan ni castigan nuestros actos. No conceden deseos. En realidad, nuestro comportamiento les importa bien poco.

—A mí eso me suena un poco raro —advierte Stefan—. Vaya por delante que yo no soy creyente, pero no se parece nada a lo que han estado contando todas las religiones durante siglos.

Estamos en la ciudad de los Laarneis, oculta debajo de la superficie del planeta que mi padre descubrió y que bautizó como Thuis, el Hogar. Mi madre y yo descubrimos que este mundo está habitado por dos especies inteligentes. Lo malo es que, para nuestro horror, también hemos descubierto que existe otra especie, los Bai R'the, que intentaron exterminar a los Laarneis derribando la luna sobre este mundo. Si la ciudad en la que estamos sobrevivió es porque apareció un dios que la cubrió con un escudo para que no fuera destruida. Sí, suena a una verdadera locura, aunque no hay otra explicación para que esta ciudad sobreviviere. Tenemos veinte kilómetros de restos lunares encima de nuestras cabezas. Nadie conoce una tecnología lo suficientemente avanzada como para evitar una catástrofe así.

—La ciencia tiene una teoría respecto al surgimiento de las religiones —explica mi madre—. Es posible que sea una característica evolutiva que incite a la solidaridad. El miedo a unos seres superiores hace que la gente sea más propen-

sa a cumplir las reglas y a ser más solidarias, lo que hace que los grupos con religiones en principio puedan sobrevivir mejor en entornos hostiles.

—Puede ser —admito. Yo esa teoría también me la conozco, ha sido debatida profusamente en la familia—. Sin embargo, los dioses existen. Yo los he visto. Y no son como nos los imaginamos.

El abuelo está incómodo, puedo verlo. Él sí es creyente.

—Niña, eso no es posible.

—Abuelo —contemporizo. No quiero darle un disgusto atacando sus creencias. Hay que ser muy canalla para hacer ese tipo de cosas, y además, es mi abuelo—. Yo no he visto a Dios. Lo que ha ocurrido es que me he encontrado con un ser que en comparación con nosotros es una divinidad. Y sí, ese ser creía a su vez en seres superiores a él. —Señalo a mi alrededor—. Los Bai R'the derribaron la luna de este mundo. Desapareció toda la vida en la hecatombe, salvo esta urbe, que quedó sepultada bajo veinte kilómetros de escombros. —Hago un gesto hacia los Laarneis que nos están observando a cierta distancia—. Ellos me contaron que un ser desconocido apareció de pronto e impidió la destrucción de su metrópoli. Abuelo, ¿qué poder se necesita para poder hacer algo así?

Refunfuña algo, pero no contesta. Supongo que no sabe qué responder, porque ha viajado con nosotros hasta las profundidades del planeta y está viendo esta ciudad al igual que lo estamos haciendo nosotros. Su misma existencia es una imposibilidad, y él lo sabe.

—Entonces... —inquire mi madre—. ¿Qué vas a hacer?

Señalo la extraña puerta que hay entre nosotros, una especie de barrera de luz que aparece en mitad del aire. La primera vez que apareció, se convirtió en piedra, por imposible que suene. Ahora la piedra se ha vuelto a convertir en una puerta dimensional, o algo parecido. Sí, es una locura. Sin embargo, esos seres que han reclamado mi presencia no parecen preocuparse mucho por las leyes físicas que ri-

gen en nuestro universo. Si mi teoría es cierta, son tetradiimensionales, quizás incluso pentadimensionales, o incluso de más dimensiones. El hecho de que nos parezcan dioses es tan normal como que nosotros seríamos dioses para unos seres dibujados en una hoja de papel.

—Si me llaman tendré que ir, mamá.

Me mira con repelús. Creo que no le gusta ni pizca la idea. A decir verdad, a mí tampoco me gusta. Presiento que me voy a meter en otro lío, y mis presentimientos suelen cumplirse con demasiada frecuencia.

—¿Estás segura?

Hago una mueca y me encojo de hombros.

—No creo que tenga ninguna opción, mamá.

—¿Y no será peligroso? —pregunta la abuela.

Sonrío, intentando tranquilizarla.

—Ya he estado antes con ellos, yaya. No me han amenazado en ningún momento. Pero tengo la sensación de que sería muy mala idea negarme a ir a verlos. Así que tendré que averiguar qué es lo que quieren. La última vez solo querían conocerme. Nada más.

—¿Has hablado ya antes con los dioses? —inquire Irl-Youn, el jefe de los Laarneis que me trajo el mensaje de esos seres multidimensionales.

—Sí.

Parece impresionado.

—Sé que dices que no eres una diosa, Tanit —me espanta—. No obstante, tampoco eres una humana común. Estos meses que hemos pasado con tu madre, y estos días que hemos pasado con los demás humanos de la colonia buscando Bai R'the nos han enseñado mucho sobre tu especie. Tú eres especial. Muy especial. Incluso los dioses lo reconocen.

Tuerzo el gesto, incómoda. A mí desde luego que no me gusta que me consideren especial, aunque es cierto que quizás lo sea. Para los Laarneis desde luego debo ser-

lo: Destruí solo con la mente un monstruo de casi diez metros que les esclavizaba.

—En fin, vamos allá.

Groar se pone al instante a la cabeza. Le sigo yo, y después vienen Tara, Stefan e Irina. Es el clásico despliegue Krogan, con los guerreros al frente, la matriarca detrás de los guerreros y los cachorros protegidos por las hembras. Creo que Stefan no se ha dado cuenta del detalle, porque le iba a cabrear que aún sea considerado un cachorro. En este caso, Tara no cierra la marcha porque está embarazada, por lo que no puede exponerse en nuestra retaguardia.

Hasta ahora, solo yo había entrado a través de una puerta así, pero el mensaje que Irl-Youn nos ha transmitido es que los dioses quieren ver a todo el nido. Espero que solo sea porque la divinidad con la que me encontré quiera también conocer a mi familia. Aunque no me hago muchas ilusiones al respecto.

Desaparece Groar a través de la puerta de luz y al instante le sigo. Veo que está echando mano a su rifle de plasma, y le agarro del brazo, deteniéndole. Si bien he dado instrucciones de no empuñar las armas, en un Krogan eso es casi instintivo. Lo malo es que en este caso un arma es completamente inútil contra un ser con poderes casi divinos.

Miro a mi alrededor. La última vez que entré por una puerta así, estaba en un planeta, o algo por el estilo. Esta vez estamos en lo que parece un antiguo palacio de cristal, donde paredes y columnas brillan con extraños colores que corren fugaces por las paredes en una extraordinaria danza. Es algo muy hermoso, mas tengo una sensación extraña, como si fuese más grande de lo que es en realidad. Cierro los ojos por un instante, y lo comprendo, puesto que descubro muchas más aristas y columnas de las que veo con los ojos abiertos. Este palacio es tetradimensional, o quizás incluso tenga más dimensiones de las que yo pueda ver.

Me concentro. Al inspeccionar el palacio con la mente descubro también la ruta a seguir: Las fugaces luces de colores me están indicando el camino. Lo que parecen colores aleatorios son señales de cuatro dimensiones que se dirigen a un mismo lugar.

Groar se sorprende cuando le digo que se ponga detrás de mí, pero no protesta; después de todo, soy la matriarca. Entonces empiezo a andar, y supongo que el nido debe estar alucinando cuando a veces hago giros extraños y el entorno cambia para ellos cuando me siguen. Por supuesto, no saben que he girado una esquina que ellos no pueden ver. Sin embargo, no por eso es menos real.

Finalmente, llegamos a una sala grande, llena de cristales que relucen como estrellas. En el centro, sentada en una especie de sillón que parece un gigantesco rubí resplandeciente, está sentada la diosa, tal y como la recuerdo. Es la mujer más hermosa que haya visto nunca, y lleva un vestido vaporoso que parece hecho de constelaciones.

Nos detenemos ante ella, con todo el nido mirándola con asombro.

—No nos dijiste que era una Krogan —me susurra Tara en tono de reproche.

Hago una mueca. Tara no se está dando cuenta de ante qué estamos. Es un ser multidimensional, que puede estar enseñándonos a cada uno una de sus múltiples facetas. Puede que todos nosotros estemos viendo algo diferente.

—Yo la veo como una mujer humana. Supongo que, siendo una diosa, puede mostrarse ante nosotros como más le convenga.

—¡Anda ya! —protesta Stefan en tono burlón—. ¿Esta mujer va a ser una diosa? ¡Vamos, Tanit, no fastidies!

Entonces, antes de que yo pueda hacerle callar, ese ser levanta un dedo y señala a mi marido con él.

—Solo hay algo peor que ser un tonto, niño —sonríe—. Y eso es ser un bocazas.

Para mi horror, Stefan empieza a disminuir de tamaño, cada vez más rápido.

—¡No! —grito, pero la diosa no me presta la más mínima atención. Ahora está haciendo pequeños giros con el dedo y el chico, que ya tiene apenas veinte centímetros de altura, empieza a cambiar. Oigo que está chillando, aterrado, de forma apenas audible, mas la criatura que hemos venido a ver no le hace caso. Levanta el índice, y la transformación acaba. Stefan ya no está, o si está, se ha convertido en otra cosa. Delante de nosotros solo hay un pequeño conejito, que mira asustado a su alrededor.

Creo que por un momento me voy a desmayar de la impresión. ¿Esa diosa ha convertido a mi amor en un conejo? No, no es posible. Tiene que ser una ilusión. Me agacho, y lo toco. Sí, es un conejo. Si bien yo no creo en la magia, esto supera cualquier truco de magia que haya visto jamás. Entonces me doy cuenta de que los Krogan e Irina están desenvainando las armas.

—¡No hagáis nada! —grito, levantando los brazos y colocándome delante de ellos, antes de que mi nido intente disparar y este ser acabe con ellos en apenas una fracción de segundo. Pretender matarle es tan inútil como intentar apagar un sol con un cubo de agua—. ¡Solo quería darle una pequeña lección a Stefan! —Me vuelvo hacia la diosa, angustiada—. Era eso, ¿verdad? Por favor, ¡dime que no se va a quedar así! ¡Por favor!

La mujer echa una mirada divertida al conejo, que se ha acercado hasta mis pies y está levantando la cabeza para mirarme, como pidiendo ayuda.

—Debería dejarle así, por bocazas —advierte—. Sin embargo, no puedo intervenir de forma arbitraria en tu universo, así que supongo que tendré que devolverle a su antigua forma. —Sonríe de nuevo, mostrando por primera vez lo que me parece un eco siniestro en su sonrisa—. Aunque a decir verdad, me gusta más así.



Levanta un dedo, y el animalito empieza de nuevo a transformarse, mientras crece. Un minuto más tarde, Stefan ha vuelto a ser él mismo y yo le estoy abrazando con desesperación. Por un momento creí que le había perdido de verdad.

—Los hijos de Orión sois muy interesantes, a pesar de todo —musita la diosa—. Esa rebeldía, esa soberbia... Lleváis fuego en la sangre. Puede venir bien, desde luego. Sin embargo, también deberíais saber elegir vuestras batallas.

—Stefan no pretendía faltarte al respeto —hipeo, aún sin recobrar me del susto—. Es solo que...

—Que es un bocazas —sonríe ese ser de nuevo. Parece que se le ha pasado el enfado—. No te preocupes, no le volveré a convertir en conejo... a menos que sea tan idiota como para volver a las andadas. —Cruza los brazos—. Creo que ya es hora de pasar a las cosas serias.

Suelto a Stefan, y después de indicarle con una mirada implorante que no vuelva a meter la pata, me encaro con esa diosa. Hasta ahora yo solo había visto su cara amable, pero está visto que tenemos que andarnos con cuidado. Ese ser había transformado de verdad a Stefan en un conejo; no era una ilusión. El poder que se requiere para hacer algo así es sencillamente inimaginable. Y no es una Protectora; como me explicó la vez que nos conocimos, es una Guardiania. Es decir, que no es buena, es *neutral*. Ella misma me contó que a veces los dioses se ven obligados a hacer cosas que nosotros consideramos malvadas. Siento un escalofrío cuando pienso en lo que podría hacerle a mi nido si se cabrea de verdad.

—Te escuchamos.

Nos inspecciona con una mirada inquisitiva. O quizás con algo más que una mirada, porque por un instante tengo la impresión de estar desnuda ante ella. Desnuda de verdad, no solo sin ropa, sino incluso mentalmente. Es como si me estuviese mirando incluso *desde dentro*.

—Sí... —musita—. Un equipo muy adecuado. Valiente, aunque no temerario. Con principios y con honor. Creo que he elegido bien.

—¿Elegido? —inquiero.

Asiente, reclinándose en el rojo trono en el que está aposentada. Su movimiento es extraño, desconcertante, como si se estuviese reclinando en muchas direcciones. De pronto estoy segura: Este ser no es solo tetradimensional. Debe ser pentadimensional, quizás incluso hexadimensional. Está tan lejos de nosotros como nosotros de seres de un hipotético universo que consistiese en solo una línea. Lo que no comprendo es por qué algo así necesita nuestra ayuda, si eso es lo que realmente quiere.

—Así es, pequeña —me dice con amabilidad, y comprendo que ha leído lo que estaba pensando como si lo hubiese dicho en voz alta—. Si os he convocado aquí es porque deseo que hagáis algo para mí.

Frunzo el ceño.

—¿Hacer algo? ¡Tienes el poder de un dios! ¿Qué podemos hacer nosotros que no puedas hacer tú misma?

La diosa sonrío con gesto socarrón.

—En este universo... hay reglas. Hasta yo debo obedecerlas. Entre otras cosas, yo no puedo intervenir en vuestra realidad... directamente.

Hago una mueca. Tampoco es tan difícil pillarlo.

—Así que quieres que nosotros lo hagamos por ti. Como lo que querían los Elois que hiciese yo.

—Ah, sí. —La diosa parece divertida—. Esos adorables Elois, buscando la manera de ascender, sin saber que el Gran Tramposo ha amañado la partida... Me encantaría ver su reacción cuando comprendan cuál ha sido tu papel en el Gran Juego.

Parpadeo, perpleja.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

Entonces se pone seria. No es simplemente que ella ya no sonría. Todo su ser se ha puesto tan serio que siento

que hay algo en verdad de vida o muerte en lo que pretende.

—Voy a ofrecerte un trato, Tanit. Muy pocos seres han recibido este tipo de oferta, créeme. A cambio, me podrás solicitar lo que quieras.

La miro, suspicaz. Cuando alguien te hace una oferta en esos términos, algo raro está pasando y hay que andarse con mucho cuidado. Eso lo sé hasta yo. Ese tipo de pactos suelen acabar mal. Muy mal.

—¿Lo que quiera?

Hace un gesto de impaciencia.

—Soy una diosa, Tanit. O al menos soy algo tan poderoso que a todos los efectos te lo parezco. Te aseguro que no hay nada que puedas imaginar que yo no te pueda conceder. Los dioses en realidad no podemos conceder deseos... pero sí podemos pagar con favores los servicios que se nos prestan. Es el principio bajo el que funciona el Gran Juego... mediante un equilibrio continuo. Así que pídemelo que más deseos. Después te diré el precio, y tú decidirás si merece la pena pagarlo.

—Quiero salvar a los Urgh y Laarneis —se me escapa, casi sin pensarlo—. Quiero que mi madre y mis abuelos también estén a salvo. Y eso significa que nadie debe nunca más poder encontrar el planeta Thuis. Los Bai R'the ya destruyeron una vez ese planeta. Tú les salvaste. Bueno, alguien como tú, no creo que tengas ochenta mil años. No quiero que algo así vuelva a suceder.

Juraría que parece divertida.

—Ah, los humanos, tan preocupados por el transcurrir del tiempo... para medirlo luego con una escala tan diminuta. Si tú supieras... pero tu raza es aún demasiado joven, por muy especial que seas incluso en tu propia especie. Muy bien, estoy dispuesta a concederte tu deseo. Trasladaré ese planeta a otro lugar donde podrán vivir tranquilos el resto de sus vidas naturales. Los Bai R'the jamás podrán en-

contrarles. Ni ellos, ni nadie. Como te he dicho, hay un precio a pagar a cambio.

Trago fuerte. ¿Trasladar un planeta entero? Bueno, las leyendas cuentan que los Xebú hicieron eso. Volvieron todos a su mundo, pidieron a todas las especies que se fueran... y jamás se les volvió a ver. Yo nunca me lo habría creído si no fuese porque estuve en el Planeta Sin Estrella, donde conocí a esta diosa. También desapareció sin dejar rastro. Me imagino que solo una divinidad puede hacer algo así. Ahora bien, mucho me temo que a cambio no me va a pedir una chorrada.

—¿Cómo qué? —logro al final tartamudear.

—Para empezar, que tú y tu nido os convirtáis en Guardianes.

—¿Guardianes? —se atreve Stefan a preguntar tímidamente, aún asustado por su experiencia.

La diosa le sonríe. No parece que siga enfadada con él.

—Una vez se lo expliqué a tu matriarca, conejito. Están los Destruidores, que desean destruir todo lo que existe hasta convertirse en los únicos supervivientes. También está los Protectores, que luchan contra los Destruidores para proteger a aquellos que en caso contrario serían aniquilados. Simplificando, podemos decir que se trata de las fuerzas del Mal y del Bien. En cambio, ocultos entre las sombras, estamos los Guardianes, los que mantenemos el equilibrio. Somos los que impedimos la victoria de cualquiera de los dos bandos, porque ese éxito supondría también la extinción de la vida. Nuestro único propósito es preservar esa vida. El Bien y el Mal en ese sentido nos parecen irrelevantes: Solo la vida importa.

—¿Y por qué crees que nosotros querríamos unirnos a tu bando? —inquire Groar—. Porque entiendo que eso es lo que quieres que hagamos.

Ella asiente, aparentemente complacida.

—Muy perspicaz, maestro guerrero. La respuesta es porque ya sois, de facto, Guardianes. No os pido nada que va-

ya contra vuestra propia naturaleza.

—¿Cómo que somos Guardianes? —pregunta Tara. Por su voz noto que está perpleja—. ¿Qué te hace pensar eso?

—Una vez Tanit fue secuestrada por los Tloc —le recuerda la diosa con amabilidad—. Eran unos seres despiadados, a los cuales Krogan y Naurin y otras muchas razas queríais exterminar. Unos Destruidores en potencia. Unos seres a los que tanto Protectores como otros Destruidores querían aplastar por completo, unos para proteger a sus futuras víctimas, otros para quitarse a unos rivales de en medio. Y sin embargo, no los aniquilasteis.

—Porque Tanit lo impidió —interviene el guerrero despacio—. Hizo que destruyésemos su civilización, aunque sin matarlos.

—Eso —señala la Diosa— es lo que hace un Guardián. Preserva la vida, aunque sea la de una raza tan despreciable como la de los Tloc.

—No me siento orgullosa de lo que hice —digo en voz baja, y es verdad que me siento muy avergonzada de lo que ocurrió—. Los devolví al Medioevo.

—A cambio de su supervivencia —me explica ese ser—. No siempre se pueden hacer cosas buenas como Guardianes. Somos como cirujanos. A veces hay que cortar un miembro para salvar al enfermo. Hacerle daño para que pueda vivir.

—No quiero esa responsabilidad —musito—. No soy quién para intervenir y decidir el destino de una especie.

—Sin embargo, ya lo has hecho muchas veces, Tanit —dice con suavidad—. No son solo los Tloc. También lo has hecho con los Krogan, los Naurin, los Mehanni, los Kanil, los Dongari, los Bin'ai, los Urgh, los Laarneis... y sí, incluso con los humanos. Tú sola has cambiado el destino de muchas civilizaciones.

—No ha sido apuesta —mascullo, deseando que me traque la tierra. Vale, es verdad, me he metido en líos tremendos que quizás hayan causado algún que otro cambio, mas

no ha sido precisamente porque quisiera hacerlo—. No voy a manipular el destino de una raza porque tú me ordenes cambiarlo.

Suelta una alegre carcajada que hace que la mire, perpleja.

—Es que no voy a pedírtelo, Tanit. Solo quiero que seas tú misma. Nada más. Tu naturaleza es la de una Guardiana, por lo que sé que siempre harás lo correcto. Eso sí, debes guardar el secreto de los Guardianes, porque somos muy pocos, y tanto Protectores como Destruidores querrían exterminarnos para obtener una victoria decisiva.

—No lo entiendo. —Frunzo el ceño, perpleja—. ¿Solo quieres que sea yo misma? ¿Y a cambio salvarás a Thuis?

—En realidad, el que os convirtáis en Guardianes es un prerrequisito para que pueda ofreceros mis regalos a cambio de vuestros servicios —responde—. Así funciona el Gran Juego: solo puedo tratar con aquellos que comparten mis fines, es decir, con otros Guardianes. —Me señala—. El precio real es que recojas dos regalos y los cambies por un objeto muy especial para llevarlo a otro lugar. —Parece reírse de algún chiste que desconozco—. Sé que no es tan dramático como cambiar una civilización, aunque te aseguro que es muy importante que lo hagas.

Aprieto los labios mientras frunzo el ceño.

—Me huelo que es peligroso.

Asiente.

—Oh, sí, lo es. Aunque estoy convencida de que tú y tu nido podréis hacerlo, o de lo contrario no os lo pediría. —Ve mi duda y hace un gesto de disculpa—. Comprenderás que yo no puedo cambiar un planeta de lugar sin recibir algo valioso a cambio, y tu servicio lo es. Repito, hay reglas a las que incluso yo tengo que obedecer. Yo te podré parecer una diosa, mas hay seres muy superiores a mí.

—¿Y por qué me ofreces ese trato a mí? ¿No se lo podías ofrecer a los Elois? Sé que ellos han realizado ese tipo de peticiones de los dioses con anterioridad.

Parece divertida ante mi pregunta.

—Ya te he dicho que en el Gran Juego tiene reglas, pequeña. Los Elois son Protectores, así que solo pueden realizar misiones que no contradigan su propia naturaleza. Lo mismo puede decirse de razas de Destruidores.

Tuerzo el gesto.

—Como los Bai R'the.

Hace un gesto de asentimiento.

—Sí. Un buen ejemplo, pequeña. A decir verdad, quizás ellos más que enviados sean esclavos, aunque no puedo discutir eso porque no puedo revelarte más de lo que ya sabes. El caso es que los Guardianes somos especiales, puesto que tenemos algo de ambas partes y por lo tanto podríamos realizar misiones para ambos bandos, eso sí, sin desvelar nunca nuestra verdadera naturaleza. Ellos, en cambio, solo pueden obrar según su propia condición. En este caso, los Elois no me sirven, puesto que no puedo garantizar que en algún momento no tengas que acogerte a tu carácter dual y hacer algo que un Elois jamás podría siquiera concebir.

Frunzo el ceño. Esto me gusta cada vez menos, porque está insinuando que igual tendría que hacer algo malo en un momento dado. Miro a mi nido. Al igual que yo, ellos están reflexionando, aunque creo que están en las mismas que yo: ¿Nos vamos a jugar el pellejo? Entonces Groar suelta un gruñido de fastidio.

—Los Urgh y los Laarneis son nuestros aliados. Estamos obligados a ayudarles. No sería honorable que seamos tan cobardes como para negarnos a luchar para que ellos estén a salvo.

—Así es —interviene Tara—. Sería muy deshonoroso.

—Y eso por no hablar de que en Thuis también están tu madre, tus abuelos y tu padrastro —señala Stefan—. Y de que hay unos bichos azules con muy malas pulgas sueltos.

—La postura del nido es lógica —confirma Irina—. Además, es coherente con tus principios de que una minoría